



bam
bú

AMÉRICA

Philippe Nessmann

EN LA OTRA PUNTA DE LA TIERRA

La vuelta al mundo de Magallanes

Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, S. A.

© 2006 Éditions Flammarion para el texto
y las ilustraciones
© 2008, Editorial Casals, S.A.
Tel.: 902 107 007
editorialbambu.com
bambuamerica.com

Título original: *À l'autre bout de la Terre. Le tour du
monde de Magellan*

Ilustración de la cubierta: François Roca

Traducción: Jesús Ballaz

Créditos fotográficos del Cuaderno Documental:

Página 1: Getty Images/Hulton Archive; página 6: Getty
Images/Hulton Archive, Archivo Iconográfico S.A./Cor-
bis; Página 7: Sotheby's/akg-images; página 12: Staple-
ton Collection/Corbis; página 13: Bettmann/Corbis;
página 14: Getty Images/Hulton Archive; página 15:
The Mariners' Museum/Corbis; página 16: Getty Ima-
ges/Hulton Archive.

Ilustraciones del Cuaderno Documental:

Sylvain Bourrières (páginas 2/3, 4/5, 8/9, 10/11).

Segunda edición: abril de 2016

ISBN: 978-84-8343-230-3

Depósito legal: B-13.900-2012

Printed in Spain

Impreso en Anzos, S.L.- Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comuni-
cación pública o transformación de esta obra solo puede
ser realizada con la autorización de los titulares, salvo
excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro
Español de Derechos Repográficos, www.cedro.org) si
necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta
obra (www.conlicencia.com; 917 021 970 / 932 720 445).

Dos o tres cosas que hay que saber antes de hacerse a la mar

***E**n aquellos oscuros tiempos vivían en la India hombres con cabeza de perro. Vestidos con pieles de animales salvajes, en lugar de hablar ladraban y utilizaban sus poderosas garras para cazar. Más allá, en el país donde nace el viento norte, habitaban los Amiraspi, una tribu cuyos miembros solo tenían un ojo en la frente. Pasaban el día combatiendo con los grifones, monstruos medio león medio águila que querían su oro. Y en algunos exóticos bosques, podían verse hombres con los pies hacia atrás, que les permitían desplazarse a vertiginosa velocidad.*

Los océanos no eran entonces más acogedores: agazapados en sus profundidades, congrios de cien metros de longitud, bogavantes de dos metros y criaturas demoníacas prestas a devorar las naves que pasaban por encima. Y en los mares del sur, el sol penetraba tan profundamente



que hacía hervir el agua y quemaba las velas y a los marineros.

En esa lejana época –no tan lejana pues hablamos del siglo xv–, había algo aún más extraño. En Europa, los bienes más preciosos no eran el oro ni las joyas, sino el clavo de olor, la nuez moscada y la canela. Los nobles estaban tan fascinados por ellos que se gastaban fortunas para sazonar sus insípidas sopas de repollo y sus carnes hervidas.

En la otra punta del mundo, en cambio, en las islas Molucas, esas especias crecían como las malas hierbas. Los comerciantes árabes iban a comprarlas a precios muy bajos. Las transportaban en barco hasta la India y, de allí, a lomo de camello, hasta Beirut o El Cairo desde donde las llevaban en barco a los puertos europeos. Durante esos largos meses de azarosos viajes, las especias cambiaban de manos una docena de veces y, como cada comerciante sacaba su beneficio, su precio no cesaba de aumentar. Al llegar a las mesas de Francia, Inglaterra, Italia o España, eran más caras que el oro.

Si los europeos hubieran ido a buscarlas directamente a esas islas, les hubieran salido más baratas. Pero estos no conocían el camino, y había ardientes mares que atravesar, monstruos marinos que combatir y pueblos extraños a los que hacer frente...

A finales del siglo xv, el afán de lucro llegó a ser más fuerte que el miedo a lo desconocido y dos países se lanzaron a explorar los océanos. Para llegar a las Indias, los



portugueses bordearon África por el sur y enfilaron sus carabelas hacia el este. Los españoles, con Cristóbal Colón, miraron hacia el oeste: atravesaron el Atlántico y descubrieron un nuevo continente, América.

Había comenzado la era de los grandes descubrimientos.

Más que luchar entre ellos por la conquista del mundo, portugueses y españoles se lo repartieron con la bendición del Papa. El 7 de junio de 1494, en Tordesillas, los emisarios de los dos países tomaron un mapa, trazaron una línea de norte a sur en el océano Atlántico y decidieron que, en adelante, todas las tierras descubiertas a la derecha de esa raya serían portuguesas y las de la izquierda, españolas.

Pero, al otro lado de la Tierra, ¿en qué zona se encontraban las misteriosas islas de las Especias? ¿Quién se haría con las mayores riquezas del mundo? ¿Los portugueses o los españoles?

Para descubrirlo, alguien debía hacerse a la mar, combatir contra los monstruos marinos, hacer frente a extrañas tribus y, si era capaz, navegar hasta el otro lado de la Tierra.

En 1519, Fernando de Magallanes aceptó este desafío e intentó llegar a las islas Molucas bordeando América por el sur..., si era posible.

Su periplo fue una de las más extraordinarias aventuras marítimas de todos los tiempos...



Capítulo uno

Yo, Antonio Pigafetta, caballero de Malta...

Encuentro con Magallanes

Donde se trata de convencer

Yo, Antonio Pigafetta, caballero de Malta, de veintiséis años de edad, después de haber leído todos los libros sobre las maravillas del mundo, he decidido ir a contemplar con mis propios ojos parte de todas esas cosas.

Habiendo oído que en la ciudad española de Sevilla había una flota de cinco navíos presta para un largo viaje, me presenté allí en el mes de mayo de 1519.

El sol todavía no estaba sobre el horizonte y la ciudad aún dormía, cuando salí del albergue con un pergamino enrollado en la mano. Caminé cerca de la catedral, recién acabada de construir después de cien años de trabajo, y avancé con paso firme por las amplias calles en las que se alineaban grandes casas blancas. Tras los altos muros de los palacios, adiviné los apacibles patios y los jardines poblados de palmeras, naranjos y buganvillas.



Mis pasos solitarios resonaban sobre el adoquinado.

Conforme me acercaba al río, las calles se estrechaban, y las casas estaban más sucias y desconchadas. Bajo los porches de las iglesias dormitaban los mendigos. Resonaron unos pasos a mi espalda. Con mis calzones y mis medias de gentilhombre, no pasaba inadvertido en aquel barrio miserable. Apresuré el paso; quien me seguía, también.

—¿Buscáis algo, señor? —me preguntó una voz.

Me volví y vi a un muchacho de unos quince años, desgreñado, con la cara sucia, andrajoso y descalzo. No tenía pinta de mala persona.

—No —le respondí—. O tal vez sí. Busco los navíos del señor Magallanes. Son cinco naves que están a punto de partir para las Indias.

—¿Cinco navíos? Sí, sí, ya lo sé. Seguidme.

Fuimos hasta el río y seguimos hacia arriba por su orilla. El muchacho me contó que se llamaba Pablo, que era huérfano y que vivía en la calle. Recorrimos callejuelas llenas de basuras que los perros husmeaban. Pablo me dijo que no tenía dinero para vivir. Tras las ventanas de las plantas bajas, entreveía sombrías caras que nos observaban. Me di cuenta entonces de que iba siguiendo, como un insensato, a un desconocido en una ciudad desconocida. Me estaba metiendo en boca del lobo...

Me disponía a dar marcha atrás cuando, a la salida de una calle, vi cinco veleros negros amarrados en la ensenada del río que alzaban sus mástiles hacia el cielo.



–¡Los navíos para las Indias! –exclamó mi joven guía.

Aliviado, saqué unas monedas de plata, le di una y volví a guardar las otras en el bolsillo.

–¡Os acompaño! –declaró atropelladamente después de obtener la moneda.

Los veleros, que los marineros llaman *naos*, medían unos treinta pasos de largo y estaban dotados de tres mástiles. A pesar de ser tan temprano, decenas de hombres trabajaban ya. Un verdadero hormiguero: los carpinteros llevaban tablones, los porteadores embarcaban barriles, los marineros ataban a los mástiles diferentes tipos de cordajes, cuyo nombre no recuerdo porque no soy marino.

–¿En qué navío puedo encontrar al capitán Magallanes? –pregunté a mi guía al llegar al muelle.

–No lo sé. Aquí os dejo... ¡Adiós, señor!

–Adiós y...

Pero ya había desaparecido entre los carpinteros, marineros y porteadores.

Me acerqué a un ceñudo soldado de uniforme, con casco y mosquete.

–¿Sabéis por casualidad dónde podría encontrar al señor Magallanes?

–Sí que lo sé, pero vos no podéis verle.

No le pregunté el motivo; ya lo sabía. En el albergue, el tabernero me había contado todo el incidente; un asunto que había levantado una gran polvareda semanas antes en los muelles de Sevilla.



En primer lugar hay que saber –es importante conocerlo– que Fernando de Magallanes es portugués. Es un gran navegante y un gran soldado que ya ha prestado muchos servicios a su país. Un día pidió a su rey, Manuel de Portugal, grandes responsabilidades y un aumento de paga. El rey se lo negó. Ofendido, Magallanes le pidió autorización para abandonar Portugal y ofrecer sus servicios a otros soberanos. El rey aceptó.

Así fue como el navegante llegó aquí, a España, con un proyecto para el joven rey Carlos I, futuro Carlos V. El proyecto era este: según Magallanes, el trayecto más corto para llegar a las islas de las Especias es por el oeste, por América. A su parecer, al sur de América hay un paso que conduce al océano donde están enclavadas dichas islas. Y siempre según él, están situadas en la mitad del mundo perteneciente a los españoles.

Ignoro de dónde sacó todo eso, pues nadie ha llegado jamás a las islas de las Especias yendo hacia el oeste. Pero el rey de España lo escuchó con atención. Convencido de que su país se iba a enriquecer en detrimento del vecino Portugal, Carlos V ordenó poner a disposición de Magallanes cinco veleros, los que estaban amarrados en Sevilla.

Dicho esto, he aquí el asunto que armó el gran revuelo en los muelles. Un día, mientras curiosos y obreros se agolpaban alrededor de los navíos, un grito resonó entre la multitud:



—¡Mirad allá arriba!

Un hombre señalaba con el dedo el mástil del navío de Magallanes. En su punta ondeaba una bandera que no era la de España.

—¡Una bandera portuguesa!

Pronto el rumor recorrió la multitud. ¿Cómo era posible? ¿Magallanes, a quien España había acogido, a quien España había confiado cinco navíos y el mando de una expedición, ese hombre osaba ondear una bandera de Portugal?... Era un traidor. ¡Un traidor!

Los rugidos de cólera llegaron hasta el oficial del puerto, que salió al paso de Magallanes y le ordenó que retirara la bandera. El navegante le explicó que no había mandado izar la bandera con los colores de Portugal, sino su propia insignia con sus colores. Como noble y como capitán tenía ese derecho; por tanto, se negó a retirar las banderas. El oficial del puerto no quiso escucharlo y ordenó a los guardias que lo hicieran. El altercado se convirtió en una batalla campal durante la cual un marino recibió una cuchillada.

Más tarde, apaciguados los ánimos, Magallanes descubrió la clave de la historia: el hombre que había originado la revuelta era un agitador enviado por el rey... de Portugal. Este acababa de comprender que nunca debió haber dejado marchar al navegante, porque, si la expedición llegaba a las islas de las Especies, España se enriquecería muchísimo. De manera que el soberano portugués lo intenta-



ba todo para hacer fracasar el proyecto, creando trabas y haciendo pasar a Magallanes por traidor.

Antes de su partida, la expedición ya tenía enemigos.

Tras este incidente, los guardias custodiaron los navíos.

Tendí al rudo soldado el pergamino que llevaba en la mano desde que salí del albergue.

–¡Mirad!

Le echó una ojeada, frunció el ceño e interpeló a un muchacho que pasaba por allí.

–¡Tú! –le dijo con fuerza para demostrarle quién era él–, acompaña a este gentilhombre ante el capitán general.

El joven me dedicó una amplia sonrisa; le faltaba un diente de arriba. Y como ya debía de tener doce o trece años, deduje que no era un diente de leche que se le había caído, sino un diente roto.

Trepamos por una pasarela que llevaba a uno de los navíos. Fui recibido en cubierta por un concierto de extraños ruidos, de golpes de mazo, de garlopas que limaban, de aullantes órdenes, de canciones para darse ánimo. Mientras prestaba atención para no enredarme los pies entre las jarcias que obstruían la cubierta, pensaba en lo que le iba a decir al señor Magallanes.

El muchacho me llevó hacia la parte trasera del navío, a una construcción de madera elevada que los marineros llaman *castillo*. Entramos –el interior estaba oscuro y el techo era muy bajo– y avanzamos hacia una puerta cerrada.

–Es aquí –dijo el joven antes de marcharse.



–Espera, tengo algo para ti...

Metí la mano en el bolsillo pero... lo tenía vacío. Alguien me había robado las monedas. Seguramente Pablo, mi primer guía. No era una fortuna, pero me resultaba enojoso. ¡Y el sinvergüenza ya estaba lejos!

–No, nada –le dije muy molesto.

–No importa –me dijo el pilluelo, lanzándome otra desdentada sonrisa.

Llamé a la puerta. Abrió un hombre. En la penumbra, no le vi la cara sino su inmensa silueta. Así era como yo había imaginado a Magallanes: tan corpulento como grandes eran sus hazañas.

Con el corazón palpitando fuerte, le entregué el pergamino.

–Me gustaría hablar con vos.

–¡Esperad! –ordenó con voz grave.

Se alejó y volvió instantes más tarde.

–¡Venid!

–Gracias, señor.

Lo seguí y, una vez en la habitación iluminada, descubrí su rostro. Tenía el mentón lampiño, la piel oscura, la nariz chata y los ojos oblicuos. No era Magallanes; era un joven de las Indias, sin duda un sirviente. Me sentí muy confuso. Me acompañó a una mesa cubierta de papeles donde estaba sentado un hombre.

–Soy el capitán general Fernando de Magallanes –dijo levantándose.



Se acercó a mí rengueando ligeramente. Era bajito, muy bajito, y de piel morena, muy morena. Su tupida barba ocultaba la mitad de su rostro. Un rostro chupado, con pómulos salientes y ojitos hundidos. Un semblante severo, duro, cerrado, como labrado por tempestades y sufrimientos. Este hombre de treinta y ocho años había vivido tanto que aparentaba tener diez más.

A su lado, yo, que parecía que no había vivido casi nada en mis veintiséis primeros años, aparentaba dieciséis.

—Me llamo Antonio Pigafetta. Soy caballero de Malta, nacido en la ciudad italiana de Vicenza. Trabajo en Barcelona para monseñor Francesco Chiericati, embajador del Papa en España. La carta de presentación que os he dado es suya. He venido a veros, señor Magallanes...

—¡Capitán general Magallanes!

—Perdón... He venido a veros, capitán general Magallanes, porque desearía participar en la expedición que estáis organizando.

—¿Eres marino?

—No.

—¿Soldado? ¿Artillero?

—No.

—¿Barbero? ¿Carpintero?

—No.

Volvió a sentarse y se sumergió en sus papeles. Estaban llenos de números, referentes sin duda a cantidades, tal vez cantidades de víveres que habían de llevar para el viaje.



–¿Por qué queréis venir conmigo? –preguntó sin levantar la vista.

–Para ser noble no basta tener sangre de gentilhombre: hacen falta gloriosas hazañas. Mis antepasados han sido valientes soldados, escritores y eruditos muy útiles a la república de Venecia. Yo también quiero hacerme merecedor del título de caballero. Soy curioso, quiero conocer el mundo tal como es y no tal como lo cuentan.

–Todo eso está muy bien, pero sin duda ignoráis que el viaje durará dos años y que nadie está seguro de volver...

Hablaba español con un fuerte acento portugués. A veces, tenía que buscar las palabras.

–Lo sé –respondí con todo el aplomo de que fui capaz– y acepto el riesgo. Quiero partir con vos.

–Pero ¿para qué os necesito? –soltó sin levantar la vista–. No sois marino ni soldado. ¿Para qué servís?

Tragué saliva y comencé la perorata que tan cuidadosamente había preparado en el albergue.

–Hablo varias lenguas y, sobre todo, sé escribir; seré el cronista de a bordo. Hablaré día por día de las regiones que descubráis, los combates que dirijáis, las tempestades que venzáis. ¿Qué vale una hazaña, si nadie la cuenta? ¡Se olvida! A Marco Polo se lo recuerda dos siglos más tarde porque dictó sus memorias y se escribieron en un libro...

Magallanes levantó la cabeza y me observó con sus hundidos ojitos.



–Si me lleváis –insistí–, os prometo contar fielmente vuestras hazañas para que tanto el rey como sus súbditos, las gentes de hoy como las de los siglos venideros, todos conozcan lo que habéis hecho.

Se quedó un instante en silencio y después se dirigió a su sirviente indio:

–¡Enrique, acompaña a este gentilhombre!

Este me dirigió una inexpresiva mirada.

–Embarcaréis en mi navío, el *Trinidad*. Concretad los detalles prácticos con el intendente. Salimos de aquí a tres meses.

Se sumergió en los papeles.

Al salir del camarote, en el oscuro pasillo que conducía a la cubierta me asaltó una duda; era incapaz de decir, a fin de cuentas, si la noticia me alegraba.

Yo, que solo conocía de la vida el calor de los palacios, el aroma de los banquetes, la dulzura de mi oficio y los mullidos lechos, ¿tenía de verdad ganas de abandonarlo todo para seguir a un frío capitán perseguido por portugueses revanchistas? ¿Tenía ganas de experimentar el hambre, la enfermedad, las tempestades y quizás la muerte?

Un viejo proverbio me vino a la memoria: «Si quieres aprender a rezar, hazte a la mar».

¿Era esto lo que yo quería?



Capítulo dos

La gran partida
Los mareas
Descubrimiento del *Trinidad*
y de sus ocupantes

Uno de los más viejos –y más amargos– recuerdos que tengo de la partida es una jofaina de hierro recubierta de esmalte blanco.

He pasado horas sentado en mi litera mirándola, observando su centro liso y profundo, agrietado en ciertos puntos y descascarillado por los bordes.

Durante dos días, esa jofaina fue mi único horizonte.

Habiendo prometido al capitán general narrar cada etapa del viaje, me había encerrado en mi camarote desde que soltamos amarras. Había tomado una pluma bien afilada y había destapado el tintero. Como el navío se bamboleaba de izquierda a derecha, la tinta iba y venía dentro del recipiente de vidrio. Yo había mojado la pluma en el negro líquido y había escrito en la primera página de mi diario de a bordo:



Lunes, día de san Lorenzo, 10 de agosto de 1519. La flota provista de todo lo necesario, con una tripulación de casi doscientos cincuenta hombres para los cinco navíos, ha salido de Sevilla. Hemos ido a vela hasta la desembocadura del río Guadalquivir y hemos llegado al puerto de Sanlúcar.

En el fondo de mi tintero, la tinta se agitaba cada vez más. A mi alrededor todo se movía: oía vibrar el navío, crujir como crujen las articulaciones humanas. No había tormenta, solo una fuerte marejada.

Permanecí unos instantes con la pluma en el aire, preguntándome si debía escribir sobre el mes transcurrido en el puerto de Sanlúcar a la espera de vientos favorables. Todas las tardes, mientras Magallanes verificaba minuciosamente los últimos preparativos –reemplazar los marinos desertores, controlar la carga de las bodegas y el estado de los navíos...–, los hombres habían saltado a tierra y habían gastado en las tabernas hasta el último céntimo. Habían ahogado su angustia en alcohol y mujeres. ¡Quién sabe si ese vaso no sería el último! ¿Y esa amable sirvienta no sería la última mujer que verían?

Pero ¿podía contar todo eso?

Por fidelidad a Magallanes ¿no debía narrar solo las cosas positivas?

Releí las últimas palabras: «hemos llegado al puerto de Sanlúcar». Era curioso, veía moverse las palabras, subir y bajar, formar una ola sobre el papel. La cabeza me daba



vueltas y notaba algo como una pesada bola de plomo en el fondo del estómago. A veces, cuando el navío se meneaba demasiado, tenía la impresión de que ese peso subía y me iba a salir por la boca, pero eso no ocurría.

Reflexioné largamente, respiré a fondo y decidí pasar por alto el mes de Sanlúcar para detenerme solo en los últimos días. Mojé la pluma en el tintero y escribí:

Hemos ido varios días a oír misa en tierra, en la iglesia de Nuestra Señora de Barrameda de dicho puerto. Allí el capitán general ha ordenado que todos los de la flota se confesaran antes de partir, y él mismo ha dado ejemplo. Después ha prohibido que suban mujeres a bordo de los navíos.

Después quise describir la partida, el adiós de Magallanes a su esposa Beatriz y a su bebé Rodrigo, y el de los marineros cuyos padres vivían allí. Yo, que no tenía ni mujer ni hijos, y con mi familia en Italia, me contenté con saludar a la tierra de España con la esperanza de volver a verla algún día.

Los cañones habían disparado una salva de despedida y la flotilla se había alejado hacia el océano con las velas desplegadas por el viento que venía de río arriba.

Cuando la costa ya no fue más que una línea amarilla y verde en el horizonte, abandoné la cubierta, entré en el castillo de popa donde se encontraba mi camarote, y comencé a escribir lo que había visto desde que partimos de Sevilla.



Fue allí cuando todo comenzó a moverse a mi alrededor, cuando las palabras formaron olas sobre el papel y apareció un peso en el fondo de mi estómago.

* * *

Había pasado la noche, pero no mi mareo.

Sentado en mi litera, alelado, miraba desde hacía interminables minutos la jofaina de hierro recubierta de esmalte blanco que tenía sobre mis piernas. El navío se movía un poco menos que el día anterior pero el peso en el fondo del estómago no había desaparecido. Tenía ganas de que saliera, y mantenía la jofaina preparada con este fin.

De repente se abrió la puerta y me sobresalté. Entró Duarte Barbosa, mi compañero de camarote.

Tenía unos treinta años, el rostro sin brillo y los rasgos finos. Se mantenía siempre muy erguido de manera que, aunque no fuera más alto que los demás, daba esa impresión. Hablaba con mucha soltura y tenía opiniones para todo. Al contrario que yo, era muy seguro de sí mismo.

—Hola, cronista —exclamó—, ¿tú siempre aquí dentro? Deberías tomar el aire en cubierta.

—No, gracias, no me encuentro bien. Y ver el navío zaran-
deándose sobre el océano aún me pondrá más enfermo...

—¿Quieres saber los trucos de un viejo marino contra el mareo? En primer lugar, no hay que estar intranquilo.

Me sonrió divertido.



–No estás inquieto ¿verdad? No te da miedo el mar...

–No, ni hablar –le respondí casi gritando.

–Está bien. Para empezar, debes dejar de escribir mientras estés enfermo. Además, debes comer...

–Oh no, de ninguna manera.

–Sí, hay que comer. ¡Vamos!

¿Se burlaba de mí? ¿Mejoraría eso mi suerte? Como no tenía fuerzas para resistir, me levanté y lo seguí con mi jofaina esmaltada en la mano.

Avanzamos por un oscuro corredor. A cada paso que daba, tenía la sensación de que el techo se me venía encima. Me sentía como un niño que aprende a caminar. Y es verdad que, en cierta manera, daba mis primeros pasos sobre un velero; allí tenía todo por descubrir.

Entramos en una estancia de madera con una ventana que daba al mar. Sobre la gran mesa central había restos de comida y vasos; era el comedor de los oficiales. Mientras me sentaba y dejaba mi jofaina bajo un banco, Barbosa tomó un puñado de galletas de una caja y me las ofreció.

–¡Come, es bueno para lo que tú tienes!

Obediente, comí una. Era una galleta grande de harina de trigo, muy nutritiva y no demasiado mala de gusto. Pero, en ese instante, con el peso en el estómago, no sabía apreciarla. Noté que descendía por mi garganta y que la bola que llevaba dentro me pesaba un poco más.

Barbosa lo vio y me alargó otra.

